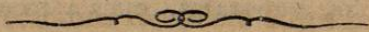


Cuando volvimos al rancho vimos desde allí con asombro ondear la blanca bandera que en el punto mas accidentado y mas peligroso habia clavado con su propia mano el intrépido caudillo de la revolucion.



CAPITULO XXXIII.

GOLPE INESPERADO.

Nuestra excursion al Ceboruco, que fué en los últimos dias de Junio, nos distrajo hasta el dia 1.º de Julio en que regresamos á San Luis de Lozada. Entonces urgimos á D. Plácido Vega para que se arreglara cuanto antes lo que tuviera que arreglarse con el Sr. de aquellas tierras.

—El general sigue malo, nos contestó D. Plácido, y se niega absolutamente á recibir á persona alguna.

—Pues no le hablaremos nosotros, pero háblele Vd.

—Yo mismo tengo dificultades:

—Entonces vámonos.

—Les pido á Vds. únicamente tres dias: si dentro de tres dias no es recibido el general Diaz por Lozada, nos vamos luego, pues que yo tambien les acompaño.

—Está bien, concedemos tres dias por la última vez.

Y nos propusimos pasar aquellos tres dias de la ma

nera mas divertida que nos fuera posible, bromeando, jugando, inventando toda clase de pasatiempos, pues que los cuatro huéspedes de Lozada viviamos en la casa de Vega como en familia. Y digo huéspedes de Lozada, porque la casa de D Plácido poseia un corral de los de aquel y tenia por allí mismo alguna comunicacion que siempre estuvo reservada, y por allí venian los principales víveres que consumiamos.

Pero los tres dias trascurrieron y el Sr. Lozada no quiso al fin dejarse ver de nuestro caudillo. Entonces resolvimos irnos á Tepic y de allí tomar el camino que nos conviniera con los elementos pocos ó muchos de que pudiéramos disponer.

Volvimos, una vez en Tepic, á hacer tentativas para conseguir fondos y volvieron á estrellarse nuestros esfuerzos. Seguramente el general me maldecia en su interior, si llegó á creer que yo estaba rico, pues no solo aparecia egoísta como partidario, sino miserable como amigo, ocultando un dinero que era en aquellos momentos la salvacion de todos. Yo mismo me hundia en el polvo arrastrado por mi avaricia. ¡De veras que se hubiera necesitado ser muy avaro, muy hombre sin entrañas y sin afectos para estar viendo impasible aquella situacion, teniendo el modo de salvarla con las onzas del bolsillo!

Tambien es verdad que necesitaba ser un mágico ó un animal para traer conmigo en campaña aquella suma de dinero que me habia supuesto la gente lenguaraz.

Entonces volvió D. Plácido Vega á darnos nuevas

esperanzas. Venia de S. Luis en donde Lozada le habia dicho que iba á mandarnos armas, municiones y algunos recursos.

Nueva espera y nueva descepcion.

—Nos vamos, le dijimos resueltamente.

—Mañana es cuando ha de venir la gente que espero.

Al dia siguiente delante de nosotros llegaron á hablarle varios de los coroneles de la sierra. Despues que estuvo comunicándose con ellos en sesion secreta vino y nos dijo:

—Yo me vuelvo á San Luis para custodiar el convoy que ha de salir por la sierra para Vds. El general quiere que se haga esta operacion con la mayor reserva. Yo los alcanzaré dentro de tres dias en Santiago Ixcuintla. Ya están Vds. recomendados en el camino.

—Pues en marcha, dijimos.

D. Plácido Vega nos fué acompañando medio dia en aquella jornada y se separó por la tarde para ir á encontrar el convoy de armas y dinero que se nos remitia.

Nosotros continuamos nuestro viaje para Santiago Ixcuintla. ¿Quiénes éramos nosotros? Pues el general Diaz, el coronel Francisco Mena, el pagador D. Carlos Betancourt, el doctor D. Rufino Gaxiola, el autor de estas memorias y mi criado Donaciano que nos servia por igual á todos y al cual queriamos y tratábamos como á un compañero, inspirándonos su lealtad la mayor confianza.

Se nos proporcionó un buen alojamiento en Santiago, pues aunque el jefe de las armas estaba ausente, las demas autoridades tenian instrucciones de agasajarnos y servirnos, así es que nos encontramos con la casa puesta, con su mesa de comedor, sus camas, sus trastos y todo lo necesario para un ejército en campaña compuesto de media docena de personas. El desayuno que se reducía á tazas de té, lo hacíamos nosotros, pero el almuerzo y la comida, que eran siempre muy suculentos, los tomábamos en la casa del comandante D. Agaton Martínez que era el lozadeño mas prominente de la localidad. Su mujer y las demas personas de su familia eran sumamente obsequiosas con nosotros y se esmeraban todos los dias en servirnos como si fuéramos sus amigos de muchos años.

Estábamos así pasando una vida enteramente patriarcal, en espera de que D. Plácido Vega nos alcanzara con los elementos de guerra que iba á enviarnos Lozada, entreteniendole las mañanas y las tardes en comer deliciosas piñas de agua á la orilla del rio, como si fuéramos sencillos zagales, cuando en un momento inesperado tuvimos una nueva que produjo la mas grande impresion entre nosotros haciendo que el general Diaz perdiera el uso de la palabra por cuatro segundos, que Mena tirara una taza de té que tenia en la mano, que Gaxiola se metiera los dedos á la boca creyendo que eran unas rebanadas de sandía y que yo paseando mis ojos extraviados por nuestro grupo exclamara con tono trágico:

—¿Cual es el ejército que tenemos?....

La terrible noticia que nos acababa de llegar, y esto al fin del mes de Julio de 1872, era que D. Benticio Juárez habia muerto el dia 18 del mismo mes y que su muerte habia resultado de un ataque repentino al que le llamaban los médicos el gran simpático.

Poco nos importaban á nosotros los pormenores, una vez que el hecho de la muerte de Juárez fuera confirmado. El correo se encargó de sacarnos de todas las dudas, pues momentos despues recibimos cartas y periódicos en que se daban los detalles mas precisos: ademas nuestros amigos de Tepic nos decian que en aquella ciudad se habia repicado y que Lozada habia mandado festejar tal noticia con músicas y cohetes.

Eso, que era un poco salvaje, nos daba la seguridad de que una vez conseguido el deseo mas vehemente de Lozada que era la desaparicion de Juárez, nosotros estábamos allí de mas. Sabiamos de antemano que Lerdo de Tejada estaba en inteligencias con los magnates del Nayarit y habiendo tomado posesion de la Presidencia, como llamado por la ley para sustituir á Juárez, era indudable que se prestaria allí acatamiento á su gobierno. Nosotros, pues, no solo estábamos en condiciones de no poder obtener ya nada para presentarnos como beligerantes en la tierra en donde estábamos acorralados, sino que nos considerábamos á la vez corriendo un grave peligro. Luego que entrara la reflexión en el ánimo de Lozada y de D. Plácido Vega, era natural que se les ocurriera tomarnos prisioneros ó detenernos políticamente para poder decir al nuevo Presidente:—Te ofrecemos la paz

de la República entregándote al caudillo de la revolución, ¿qué nos das tú en cambio?

Y no se diga que esto mismo pudieron hacer con D. Benito Juárez y no lo hicieron, porque aquel era su enemigo, mientras que al otro lo consideraban amigo y aliado.

Así es que nuestro pensamiento único por entonces fué salir inmediatamente de Santiago y de todo terreno que perteneciera á Lozada para ponernos á deliberar en sitio mas seguro sobre nuestra nueva situación.

Cuando yo exclamaba al saber la muerte de Juárez viendo en torno mio: ¿que ejército tenemos? indudablemente me sentia dominado por una idea que la emoción no me dejó expresar. La idea era esta: ¿con que poder imponemos condiciones al nuevo gobierno? Si nuestro ejército se compone de un general en jefe, un pagador, un jefe de Estado Mayor, un secretario, un médico y un soldado, ¿de qué manera podemos pedir al partido que sube, por mas que haya sido nuestro aliado, que nos dé un lugar en el banquete?

Después de comunicada esta idea, todos los demas que tambien la sentian bullir en su cerebro, exclamaban con enojo y á veces con desesperación:

—En que momentos vino á morir Juárez!

—Siquiera estuviéramos en el interior aunque nuestra fuerza no pasara de mil hombres.

—Pero habernos sorprendido esto en Santiago y comiendo piñas!

Era aquello para darse á todos los diablos y lo que

hicimos fué ponernos inmediatamente en camino para el Estado de Sinaloa, que era el que teniamos mas cerca, con el fin de que se nos viera aparecer de nuevo en escena, aunque no lleváramos con nosotros ni un cañon.

Apenas traspasamos las fronteras del territorio de Tepic, y ya nos encontramos una pequeña fuerza de pronunciados que nos esperaba para ponerse á las órdenes del caudillo de la revolución y mas adelante fuimos encontrando otros grupos, de tal manera, que pudimos hacer nuestra entrada en el Rosario con mas de doscientos chinacates.

El general Díaz se habia hecho entre aquella gente extraordinariamente popular. Recuerdo que al pasar el rio estuvo él mismo ayudando á desensillar los caballos y cargando en hombros las sillas y los bagages para ponerlos en las canoas, no queriendo poner un pié en el rio sino hasta que hubo pasado el último soldado.

Por las noches recorría todos los grupos informándose de lo que les faltaba y dirigiéndoles la palabra sobre cualquier materia hasta á los mas insignificantes.

A mi me trataba como si fuera su hijo, pues que él mismo dirigia la postura de la cama campestre en que nos acostábamos juntos y por la mañana nunca queria que se me despertara sino hasta que estuviera el té y ensillados los caballos. Tantas eran las distinciones que usaba conmigo y que se echaban de ver hasta en las menores pequeñeces, que yo tambien me

acostumbré á quererlo y á respetarlo como si fuera mi padre.

Entramos pues triunfalmente al Rosario, capital de uno de los distritos de Sinaloa, y digo triunfalmente, porque se echaron las campanas á vuelo y se nos ofreció una comida que se parecía mucho á un banquete.

Hacia tiempo por lo menos que no veíamos una mesa tan bien provista ni gustábamos de manjares mas succulentos.

Habíamos acabado de pasar revista y de dar una ligera organizacion á nuestro pequeño ejército, en el qué quedamos cada cual reconocido con su categoría militar que hasta allí habíamos llevado en la revolucion: es decir, la de general en jefe al general Diaz, la de jefe de Estado Mayor á Mena; la de general y secretario particular en campaña á mi, la de pagador á Betancourt, la de coronel jefe del cuerpo médico á Gaxiola, la de coronel jefe de la Brigada á Tapia etc.; habíamos, como se dice, dado el primer pienso á la caballada, cuando nos llegó un extraordinario enviado por el jefe de las armas en Mazatlan con una comunicacion en la cual nos insertaba la ley de amnistia que acababa de expedir D. Sebastian Lerdo de Tejada y que le habia sido trasmitida por telégrafo.

Este fué un nuevo golpe á nuestros planes que nos dejó á todos sorprendidos, pero con la sorpresa de la paralización de todo pensamiento.

Cuando ya pudimos reflexionar entramos en consejo sobre lo que se deberia hacer delante de aquella emergencia.

La ley de amnistia era muy natural y sin embargo no la esperábamos.

Nos parecia monstruoso que nuestro amigo, que nuestro aliado, que nuestro mismo cómplice en la revuelta, nos agobiara con un perdon que no solo no exigiamos, pero que ni siquiera imaginábamos.

Nosotros queriamos nuestro retazo de mando, la parte que nos correspondia en la liga aquella de intereses políticos y de porvenir patrio y se nos injuriaba diciéndonos que podiamos retirarnos á nuestras casas á poder vivir de nuestro honrado trabajo.

Es decir, que quedábamos otra vez mas separados de la comunión política, de los destinos del país, ó para decirlo como deben decirse estas cosas, quedábamos eliminados del presupuesto.

Luego nuestros peligros, nuestras expediciones, nuestros sacrificios, nuestras correrías, nuestras luchas, nuestros disfraces, nuestros encuentros con el enemigo, nuestros planes, nuestros sobresaltos, nuestras escaseces, nuestras murmuraciones, y en fin nuestros trabajos de seis años, iban á quedar estériles y sin recompensa.

En un momento quedaban desvanecidos nuestros sueños; en un instante nos abandonaba por medio de una plumada de bochornoso perdon nuestro aliado; en un segundo volviamos á quedar reducidos á la nulidad de donde segun él no debiamos haber salido.

Esto era espantoso pero era cierto.

Entonces el general Diaz me dijo:

—Seria conveniente pedir algunas aclaraciones

acerca de la ley de amnistía: piense Vd. en una comunicacion al gobierno que le haga modificar su conducta respecto de nosotros y prepárese Vd. á hacer un viaje á la capital.

Todos convenimos entonces en que era necesario no quedarnos callados ante aquella terrible ofensa.



CAPITULO XXXIV.

LA SUMISION.

En nuestro camino de allí á Concordia, aproveché todos los ratos de descanso para escribir el borrador de la nota que el caudillo de la revolucion debia dirigir al gobierno, imponiéndole algunas condiciones indispensables para que la paz pública pudiera establecerse en sólidas bases.

Desde el momento en que no nos sometimos al jefe de las armas de Mazatlan, segun eran sus deseos cuando nos hizo conocer el texto de la ley de amnistia, era seguro que teniamos que ser atacados, y por lo mismo comenzamos á hacer nuestros movimientos con todas las precauciones de beligerantes. El jefe militar del puerto, que entiendo era un general Carrillo, no descuidó de destacar una fuerza competente en observacion nuestra, situando destacamentos de caballería que interceptaran el camimo de Culiacan, plaza ocupada al